

# Septiembre de 2010

## Viernes, 3 de septiembre de 2010

### **Del sentido y el sinsentido de escribir un diario**

Lo confieso: estoy empezando a escribir (son las cinco de la mañana), no tengo ni la menor idea de qué seguirá, si es que sigue algo, ni de por cuánto tiempo seguirá, ni de hasta cuándo necesitare, desearé y sentiré el impulso de seguir. Y ni la intención ni, menos aún, la finalidad están en absoluto claras. Difícilmente podría dar una respuesta a la pregunta de «¿para qué?». En el momento en que me senté ante el ordenador, no había ningún tema nuevo y candente que rumiar y digerir; ningún libro que escribir ni ningún material antiguo que revisar, reciclar o actualizar; ningún entrevistador o entrevistadora cuya curiosidad hubiera que saciar; ninguna conferencia que tuviera que perfilar por escrito antes de ser pronunciada; ninguna petición, ningún encargo y ningún plazo límite de entrega... En definitiva, no había ni siquiera un lienzo recién montado que hubiera que llenar de contenido, ni un bulto de materia amorfa que moldear y al que dar forma.

Supongo que preguntarse «¿por qué?» es más indicado en este caso que preguntarse «¿para qué?». Causas para escribir hay muchas: larga es la fila de candidatas que aguardan a ser anotadas y seleccionadas. La decisión de ponerse a escribir está, pues, «sobredeterminada», por así decirlo.

Para empezar, no he sabido aprender otro modo de vida más que el de la escritura. Un día sin escribir o anotar algo se me antoja

un día desperdiciado o criminalmente abortado: un deber incumplido, una vocación traicionada.

Además, el juego de las palabras es para mí el más celestial de los placeres. Es un juego del que disfruto con locura, y el goce alcanza su cima cuando, tras barajar y repartir de nuevo las cartas, me llega una mala mano y me veo obligado a devanarme los sesos y a esforzarme de verdad para llenar los vacíos y sortear las trampas. No importa el destino de ese viaje: lo que da sabor a la vida es estar en movimiento y saltar (o derribar) los obstáculos del camino.

Otra causa: al parecer, soy incapaz de pensar sin escribir... Supongo que, antes que escritor, soy lector: hay toda una serie de retazos, fragmentos, partes y pedazos de ideas que pugnan por nacer, cuyos fantasmagóricos (aterradores, incluso) espectros se arremolinan, se amontonan, se condensan y se disipan una y otra vez, y que solo al ser captados y atrapados por nuestros ojos, podemos inmovilizar, fijar y acotar dentro de unos contornos. Y deben escribirse uno detrás de otro para que la idea —redondeada hasta encajar dentro de unos mínimos tolerables— nazca por fin, o para que, en caso contrario, sea abortada o —si ha llegado ya muerta a este mundo— enterrada para siempre.

Por otra parte, aunque me encanta la soledad cuando es voluntaria, detesto la que tengo que sufrir contra mi deseo. Desde que Janina se fue, he llegado a tocar el más abismal fondo de la soledad no querida (si es que esta tiene algún fondo), allí donde se juntan su más acre sedimento de amargura con sus más tóxicos efluvios. El rostro de Janina es la primera imagen que veo al encender mi ordenador de sobremesa, así que desde el momento en que abro el Microsoft Word no hago más que entablar un diálogo. Y dialogando es imposible que me sienta solo.

Como último y no menos importante motivo, sospecho que soy un grafómano por vocación o por formación... un adicto que necesita su dosis diaria para no arriesgarse a padecer los tormentos del

síndrome de abstinencia. *Ich kann nicht anders*. Y esa es probablemente la razón subyacente que hace que la búsqueda de razones resulte tan desesperada e infructuosa como ineludible.

En cuanto a los demás motivos y causas, puedo decir que son ciertamente incontables y que, por lo que yo sé, su número continúa creciendo a diario. Entre los que figuran en un lugar más destacado en este momento, está la sensación cada vez más nítida de que ya he vivido todo lo que tenía que vivir y ya he hecho todo aquello que mis inmoderadamente moderadas capacidades me permitían o me facilitaban hacer, de manera que ya ha llegado la hora de aplicarme a mí mismo la recomendación de Wittgenstein y guardar silencio sobre aquellas cosas de las que no puedo o no sé hablar (diría más: sobre aquellas cosas de las que no puedo o no sé hablar *responsablemente*, es decir, con la convicción genuina de que tengo algo útil que ofrecer al respecto). Y las cosas de las que no puedo hablar coinciden, por desgracia cada vez más, con aquellas de las que, hoy en día, más vale la pena decir algo. Mi curiosidad se niega a jubilarse, pero tampoco puedo hacer nada para que mi capacidad para satisfacer dicha curiosidad (o, cuando menos, para aplacarla y mitigarla) no me abandone: ni siquiera podría engatusarla o tratar de convencerla de que se quedara conmigo. Las cosas fluyen demasiado deprisa como para que propicien esperanza alguna de darles alcance. Por eso las cartas no me deparan ya ningún tema nuevo de estudio, ningún objeto original para un análisis en profundidad que le haga verdaderamente justicia. Y no es ni mucho menos porque escaseen los conocimientos disponibles para tal tarea, sino justamente por lo contrario: porque son tantos que superan y desafían todo intento de mi parte por absorberlos y digerirlos.

Quizás esa imposibilidad de absorción sea producto del envejecimiento y del decaimiento de fuerzas: una cuestión total o principalmente física y biológica, motivada en última instancia por los cambios en el estado de mi propio cuerpo y de mi propia psique

(una hipótesis bastante verosímil y que resulta más creíble aún, si cabe, porque tengo la impresión de que los recursos necesarios para obtener y procesar nueva información, que en mi juventud se presentaban en forma —por así decirlo— de unos pocos billetes de elevado valor monetario cada uno de ellos, se suministran hoy en día en forma de infinidad de pequeñas monedas de cobre, una calderilla tan increíblemente voluminosa y pesada en conjunto como abominablemente limitada en lo que a su poder adquisitivo se refiere, lo que la convierte, por emplear la expresión de Günther Anders, en «supraliminal» para un cuerpo envejecido y una psique que se cansa con facilidad como la mía). Nuestra época destaca por pulverizar todo, aunque nada tan a fondo como la imagen del mundo, una imagen que se ha vuelto tan puntillista como la de la propia época que la está rayendo y reduciendo a polvo.

Tengo la sensación de que este fragmentado mundo de hoy está por fin (y después de tanto tiempo) a la altura de quienes tratan de pintar su retrato. Me viene a la mente una vieja fábula india en la que media docena de personas, tras encontrarse un elefante en su camino, intentan hacerse una idea de la naturaleza del extraño objeto con el que han topado. Cinco de ellas son ciegas y ninguna tiene brazos suficientemente grandes como para alcanzar a tocar y palpar todo aquel animal, por lo que no pueden formarse más que impresiones dispersas del mismo, y resulta que la única que tiene los ojos bien abiertos para verlo es muda... Recuerdo también la advertencia que lanzara Einstein, cuando comentó que, aunque una teoría puede ser demostrada, en principio, mediante experimentos, no hay senda que nos conduzca directamente de los experimentos al nacimiento de una teoría. Eso bien lo sabía Einstein. Lo que nunca se figuró (ni podía haberse figurado) fue el advenimiento de un mundo —y de un modo de vivir-en-el-mundo— compuesto únicamente de experimentos, sin teoría alguna con la que concebirlos ni orientación fiable sobre cómo ponerlos en marcha, cómo continuar con ellos y cómo evaluar sus resultados...

Después de todo, ¿qué diferencia hay entre vivir y dar explicaciones sobre la vida? No haríamos mal en seguir un consejo de José Saramago, toda una fuente de inspiración que he descubierto recientemente. En su propio «casi diario» reflexiona del modo siguiente: «Creo que todas las palabras que vamos pronunciando, todos los movimientos y gestos [...] que hacemos, cada uno y todos juntos, pueden ser entendidos como piezas sueltas de una autobiografía no intencional que, aunque involuntaria, o por eso mismo, no es menos sincera y veraz que el más minucioso de los relatos de una vida pasada a la escritura y al papel».

Pues eso mismo.

## **4 de septiembre de 2010**

### **De la utilidad de luchar contra molinos de viento**

En el umbral de entrada del tercer milenio, Francia, como la mayor parte del planeta, estaba sumida en la incertidumbre. La llegada de la nueva era se había visto precedida (muy en consonancia con los tiempos) por el que tal vez fuera (nunca lo sabremos con seguridad) uno de los engaños más logrados de la historia: el del llamado «efecto 2000», que puso a miles de empresas privadas y organismos gubernamentales, tan serios como realistas y prácticos ellos, así como a millones de sus clientes y usuarios, en un estado de alerta suscitado por el miedo a un aterrador y casi apocalíptico escenario de paralización y muerte de todas las rutinas del planeta Tierra, incluida la de la vida sobre este, en el instante mismo del paso de la Nochevieja al Año Nuevo. Transcurrido aquel momento sin que se consumara el fin del mundo previsto, las empresas de servicios informáticos dieron gracias al cielo por que nada hubiera pasado, contabilizaron tranquilamente los beneficios que aquello les había reportado y el desastre que jamás llegó a acontecer no tardó en ser olvidado, arrinconado como quedó en la endémica-

mente excitable y crónicamente agitada atención del público por otros desastres que *sí* azotaron al planeta (o que se esperaba que lo azotaran en cualquier momento); los que, mientras tanto, no parecían remitir ni (menos aún) desaparecer eran el resquebrajamiento de la confianza popular y el cuerpo que iban cobrando las incertezas que sacudían a la población en general y que tan bien había simbolizado aquel *affair* del «efecto 2000».

Quizás el fin de la civilización informatizada «tal como la conocíamos» no estuviera tan próximo, después de todo, como se había proclamado en el filo final del milenio precedente, pero la que muy bien podía estar al caer era la expiración de la despreocupación de los años inmediatamente anteriores, expiración que aquella misma proclamación parecía haber presagiado. Uno tras otro, los cimientos habituales de la seguridad se veían sacudidos hasta quebrarse y desmoronarse, decaían las posibilidades de disfrutar de empleos e ingresos fijos, los sólidos lazos y las colaboraciones de antaño se tornaban enfermizos y endebles, muchos faros de fiabilidad presuntamente inquebrantable se derrumbaban o temblaban bajo el peso de sus propias corrupciones, cuando no implosionaban a la vez que la confianza de los navegantes, engañados y extraviados. En cuanto a los gobiernos de quienes se esperaba que devolvieran lo inseguro a su anterior condición de seguridad y que pusieran el desorden en orden, no sabían más que responder con un rotundo y acérrimo «No hay alternativa» a las quejas y las protestas de sus súbditos, cada vez más confundidos y asustados; eso, claro está, si se dignaban en responder en vez de devolver al remitente las peticiones de ayuda («Ayúdenme», «Hagan algo») con un aviso de «Dirección errónea» o «Destinatario desconocido» estampado en el sobre...

Ante un trasfondo de ruidos y silencios como aquellos, las palabras (y los programas televisados que las acompañaron inmediatamente después) de Nicolás Sarkozy, recién nombrado ministro del Interior de Francia (en 2002), sonaron como un mensaje rebosante

del significado justamente correcto en aquel momento (el primer mensaje así en años). El nombramiento —producido tan poco tiempo después del comienzo de lo que muchos creían que iba a ser un milenio (o un siglo, cuanto menos) de incertidumbre— parecía abrir la puerta a un nuevo papel y una nueva estrategia para los gobiernos y las administraciones públicas, así como dar la bienvenida a una época de «gobiernos que escuchan», que seguían así el ejemplo de los bancos, que tentaban por entonces a sus clientes potenciales asegurándoles que les «encanta decirles que “sí”». El nombramiento de Sarkozy prometía la llegada de una época que haría que los poderes fácticos volvieran a ser dignos de confianza y que, a su vez, sus súbditos confiaran de nuevo en que no iban a ser abandonados a su atrozmente escasa suerte (y a sus escuálidos recursos) en su lucha desesperada por encontrar tierra firme bajo sus pies.

El mensaje de Sarkozy fue triple. En primer lugar, había detectado y localizado con exactitud cuál era el semillero de aquella inseguridad que atormentaba a la gente corriente como usted o como yo, ese antro de vicio y esa prolífica fuente de terrores diurnos y pesadillas nocturnas: él la ubicaba, concretamente, en las *banlieues*, nombre genérico con el que los franceses designan los barrios peligrosos y las «malas calles», habitados por personas de aspecto y comportamiento extraños (entiéndase, no como los nuestros) y, por tanto, de costumbres e intenciones que probablemente sean igual de extraños (léase, sospechosos). En segundo lugar, una vez cartografiadas por fin las raíces más profundas de las adversidades e injusticias que a los franceses les ha tocado vivir, nosotros (las personas en el poder, los tipos poderosos) estamos en disposición de «atacar las raíces» del mal y las atacaremos, algo que, en realidad, ya hemos comenzado a hacer (como bien habrán visto por la tele). En tercer lugar, lo que ustedes acaban de ver por televisión (las fuerzas de orden público desplegando su poderío y asaltando al alba las fortalezas del crimen para arrestar y encarcelar a criminales

pasados, presentes y futuros, culpables últimos de esos días de angustia y esas noches de insomnio tuyas, señores ciudadanos) es solo un ejemplo, aunque muy gráfico, de lo que es el gobierno en acción, decidido desde un principio a hacerse con la victoria. (En caso de que tanto optimismo desconcierte a los lectores actuales, permítanme recordarles que hablo del año 2002 y que el autor del mencionado mensaje tuvo la fortuna de decirlo entonces, pues, dos o tres años más tarde, el oprobio intrínseco a tal afirmación podría haberse visto más resaltado aún, si cabe, si hubiera declarado algo así como que las acciones gubernamentales «terminan triunfando tarde o temprano, como también terminarán en triunfo las guerras en Irak y en Afganistán».) En resumidas cuentas, que el gobierno cumple lo que promete... o, cuando menos, se ha puesto manos a la obra para cumplirlo.

Ahora estamos en 2010. Con el transcurrir de los años, aquel ministro del Interior se presentó a las elecciones con un programa que prometía dar «muerte a la inseguridad» y fue elegido presidente de Francia (en 2007), así que se mudó de las un tanto humildes dependencias de la Place Beauvau al deslumbrante esplendor del palacio del Elíseo. Y ahora, ocho años después de que aquel mensaje convocara a los franceses y a las francesas a escuchar y tomar nota, ese mismo e idéntico mensaje triple vuelve a ser lanzado (con las bendiciones y el respaldo apasionados del presidente) por Brice Hortefeux, sucesor de Sarkozy en la sede ministerial de la Place Beauvau. Según Denis Muzet, en una información del *Le Monde* de hoy, el sustituto y heredero de Nicolás Sarkozy repitió punto por punto la proeza que en 2002 ya llevara a cabo su jefe y mentor, ampliando su propia jornada laboral hasta las veinte horas diarias y empleando tan impresionantemente extendido horario en aparecer y hacerse ver «donde está la acción». Supervisó personalmente el desmantelamiento de los campamentos de los romanes, la detención de las personas de allí desahuciadas y su envío de vuelta al lugar «de donde habían venido» (es decir, de vuelta a

su miseria anterior); convocó a los prefectos municipales para que le informaran y para transmitirles instrucciones y llegó incluso a sorprender desprevenidos «sobre el terreno» a algunos de ellos para reprocharles su inactividad y acicatearlos para que se pusieran manos a la obra: para que lo intentaran una vez más, para que se esforzaran una vez más, para que emprendieran una ofensiva de verano (o de otoño, o de invierno, o de cuando fuera) más contra los perpetradores y los culpables de tanto infortunio (conocido por el nombre de «inseguridad») de la gente decente, para que lanzaran una campaña final dirigida a poner fin a otra guerra más que prometía terminar con todas las guerras. ¿Le rondan los monstruos? Empecemos por librarnos de los molinos de viento. ¿Que eso no tiene ninguna lógica? Tal vez, pero, por lo menos, usted sabe ahora que no nos quedamos de brazos cruzados sin hacer nada. Estamos haciendo algo, ¿verdad? ¡Lo han visto por la tele!

Los guerreros franceses que combaten ese sucedáneo de la inseguridad no son los únicos que prometen quemarla en la hoguera utilizando para ello las efigies de los romaníes y los cingaros. Tienen un estrecho aliado en Il Cavaliere, el caballero que gobierna en la vecina Italia. Da la casualidad de que hoy también se publica en el *New York Times* una crónica firmada desde Italia por Elisabetta Povoledo, donde se explica que el gobierno de Silvio Berlusconi, con los romaníes en mente, aprobó un decreto en 2007 que autorizaba al primer ministro a expulsar a ciudadanos de la Unión Europea que hubieran cumplido ya tres meses de estancia en el país si se demostraba que carecían de los medios necesarios para valerse económicamente por sí mismos; tras aquel, se publicó en 2008 un nuevo decreto que otorgaba al estado nuevos poderes para expulsar a ciudadanos de la Unión Europea por motivos de seguridad pública: si usted es una amenaza para la seguridad pública, podría, debería y (no dude de que) terminará siendo detenido y conducido hasta el aeropuerto más cercano.

Para sacar partido de tan novedosas y fantásticas armas en la guerra declarada contra la inseguridad, hay que asegurarse primero de que los odiados gitanos sean (y, sobre todo, se los vea como) una amenaza de primer orden para la seguridad pública, aunque solo sea para garantizar que la palabra de los poderes fácticos se haga carne de verdad y que las fuerzas de orden público no realicen un despliegue de su poderío en vano. También hay que convertir las propias predicciones en una profecía autocumplida (algo que viene aún más al caso): si usted ha predicho en el *magazine* televisivo matinal que habrá un incendio forestal, proceda de inmediato a rociar gasolina sobre los árboles y a encender cerillas, a ver si al final del día, tanto su fiabilidad como la veracidad de sus palabras quedan perfectamente contrastadas en el *magazine* informativo vespertino. «Cuando se construyen campamentos con autorización municipal», informa Povoledo, suele ser en las afueras de una ciudad, segregados del resto de la población, con unas condiciones de vida muy por debajo de las normales. Eso permite a los gobiernos «sor-tear la cuestión de la integración, un proceso que implicaría dar a los romaníes unos domicilios y un acceso escolar permanentes». Los gobiernos incitan las sospechas hacia los romaníes basándose en sus inclinaciones nómadas, pero luego son esos mismos gobiernos quienes obligan a los romaníes a seguir siendo nómadas pese a su deseo de sedentarizarse, y son también las autoridades quienes se esfuerzan todo lo que pueden en devolver a quienes ya se han establecido (voluntariamente y desde hace tiempo) a una vida nómada contra su voluntad, a fin de que la sentencia sumaria original de «ambulantes» con la que se descalifica al conjunto de ese grupo étnico pueda quedar final y convincentemente corroborada por las estadísticas o, lo que es lo mismo, por la más indiscutible «realidad de los hechos». ¿Que los romaníes molestan porque se los considera unos mendigos importunos? De acuerdo, asegúrese de que no tengan oportunidad alguna de ganarse «decentemente» la vida. Y a propósito de nuestra alegoría del incendio forestal,

los campamentos provisionales son un riesgo. La semana pasada, en Roma, un niño romaní de tres años murió abrasado al declararse un incendio en la chabola en la que vivía con su familia, en un campamento ilegal próximo al aeropuerto de Fiumicino. A raíz del incidente, el alcalde de Roma, Gianni Alemanno [otro político elegido tras defender un programa electoral de «guerra contra la inseguridad»], dijo que el ayuntamiento comenzaría a dismantelar doscientos campamentos ilegales este mismo mes.

En un destello de clarividencia, poco antes de ser coronada soberana de Reino Unido, la joven, ingenua y franca Victoria anotó en la entrada de su diario correspondiente al 28 de diciembre de 1836:

Siempre que hay gitanos pobres acampados en algún lugar, invariablemente se les atribuyen los crímenes y robos que acaecen por allí cerca, lo que es vergonzoso, porque, si siempre se los considera unos bandidos, ¿cómo podrán nunca convertirse en buenas personas?

Marx dijo que la historia tiende a repetirse: la primera vez, sucede en forma de drama, y la segunda, en forma de farsa. Esa norma se observó una vez más en el caso de las dos guerras sucesivas declaradas contra la inseguridad por Sarkozy en el transcurso de una década. En la segunda de dichas guerras, Alain Touraine comentó cáusticamente que, muy a diferencia de las multitudes que aplaudieron la declaración de la primera, «nadie cree ahora que los romaníes o gitanos sean responsables de nuestro infortunio». Bien pocos lo creen, es cierto, aunque siempre hay quien se traga el cebo y tarda en escupirlo. Pero aquella campaña de miedo en concreto no se lanzó con la intención de debatir las causas del mal, ni para hacer que la nación se creyera la versión oficial. Touraine da en el clavo cuando apunta que todos aquellos titulares de primera página, todo aquel barullo y todo aquel alboroto público han tenido

lugar «en un escenario apartado de las grandes catástrofes que estamos viviendo». Los efectos de la política al estilo Sarkozy no deben medirse por el número de mentes convertidas (o aferradas todavía) a la moda de culpar a los romaníes, sino por la cantidad de miradas que se han desviado (aunque solo haya sido de manera temporal) de lo verdaderamente relevante para la vida de las personas y para sus perspectivas de futuro, unas miradas que se han apartado también de la valoración del desempeño del gobierno del país en aquellas obligaciones suyas que, según él mismo proclama, legitiman sus prerrogativas, sus pretensiones y, en el fondo, su propia existencia. Medida de este otro (y apropiado) modo, no se puede desestimar la política de estilo sarkoziano diciendo que ha sido un fracaso rotundo sin más. Tampoco está desacreditada, como gráficamente testimonia el creciente número de gobiernos que se apresuran a confeccionar sus propias imitaciones locales y a ponerlas en práctica.

No es probable, comentarán ustedes, que los ojos de una nación se mantengan apartados de estas cosas para siempre, así que, ¿no es necesariamente efímero el respiro que se toman los gobernantes con este modo suyo de actuar? De acuerdo, pero, si me perdonan la pregunta, ¿qué es perdurable en estos tiempos que corren? ¿Queda aún alguna alma cándida que crea en los largos plazos y las soluciones definitivas? El respiro habrá durado bastante (y gracias) si concede a los gobernantes el tiempo suficiente para dar con otra atracción que tenga iguales probabilidades de atraer miradas antes de que estas se dirijan hacia lo que de verdad importa: hacia aquellas cosas sobre las que los gobernantes no pueden ni quieren hacer nada verdaderamente importante.

Hay también otra víctima colateral del gobierno al estilo Sarkozy. Sorprendentemente (aunque no tanto), esa víctima adicional es precisamente el valor que dicha forma de gobernar prometió (y continúa prometiendo) fomentar y honrar: el representado por los sentimientos de protección y seguridad, es decir, por la sensación

de estar protegidos y seguros frente a una suerte adversa. Los franceses tal vez sean ahora más escépticos (o más cínicos incluso) a propósito de la eficacia de las promesas del gobierno y del valor de las ofensivas gubernamentales grabadas en vídeo y televisadas de lo que eran al inicio de la primera de las guerras de Sarkozy, pero lo que sí es seguro es que actualmente están más *asustados* que nunca. Han perdido buena parte de su pasada fe en la posibilidad de mejorar en algo su situación. Están empezando a creer que la inseguridad no va a remitir y que, probablemente, se convertirá en una condición humana normal, y, muy posiblemente, están pensando que los gobiernos de los estados no son un instrumento apto para tratar de alterar un veredicto particular de la naturaleza, la historia o el destino humanos. Planificación o casualidad, lo cierto es que las acciones cuasi bélicas de Sarkozy araron y fertilizaron el terreno para las posteriores cosechas fundamentalistas y tribales... La tierra así labrada y preparada es una tentación para conquistadores aventureros a la que pocos políticos aspirantes al poder serán capaces de resistirse.

Este tipo de gobierno precisa también de unas víctimas *designadas*. En los sucesos noticiados por Denis Muzet y Elisabetta Povoledo, esas víctimas son, claro está, las poblaciones de los romaníes y los sinti. Pero en la política cada vez más al uso, las víctimas (ya sean estas directamente elegidas o «colaterales») no son meros peones en los tableros de ajedrez de otras personas; en los juegos que se escenifican en la actualidad, también son figurantes anónimos y prescindibles, fáciles de reemplazar: individuos supernumerarios de cuya desaparición o marcha ningún jugador (salvo unos pocos espectadores) se dará probablemente cuenta o recordará, y menos aún, llorará y lamentará.